

¿TE LO DIGO O TE LO CUENTO? HAZTE DE LA MUTUA... DEL ESPÍRITU SANTO

Contemplando las apariciones de Jesús Resucitado a sus discípulos relatadas por los evangelistas, observamos que para que todo cambiara en la vida de los discípulos fue necesario el envío del Espíritu Santo. Es el premio que nos alcanzó el Hijo, con su Pasión, su muerte en la Cruz y su Resurrección gloriosa. *“La condición de hijos, que es nuestra vocación originaria, aquello para lo que estamos hechos, nuestro «ADN» más profundo, fue destruido y se necesitó el sacrificio del Hijo Unigénito para que fuese restablecido. Del inmenso don de amor, como la muerte de Jesús en la cruz, ha brotado para toda la humanidad la efusión del Espíritu Santo, como una inmensa cascada de gracia. Quien se sumerge con fe en este misterio de regeneración renace a la plenitud de la vida filial”¹.*

Ser cristiano es ser “Cristo”. El nombre de Cristo procede del latín *Christus* y este del griego *Christós*. Es la traducción de la palabra hebrea “Mesías” (*Māšīah*), que significa “ungido”. Por tanto, ser cristiano es ser “ungido”, santificado por el Espíritu Santo.

En esta charla veremos que Jesús mismo es el Ungido de Dios, el Hijo de Dios que *“ha salido del Padre y ha venido al mundo”* (ref. Juan 16, 28), para donarnos el Espíritu Santo: *“para bautizar en el Espíritu Santo”* (ref. Marcos 1, 8), y así, los hombres, hijos de Adán manchados por el pecado, seamos transformados en hijos de Dios Padre, nacidos a la vida nueva en Cristo por el poder del Espíritu Santo. Como los apóstoles y discípulos de la primera hora fueron santificados así lo somos nosotros, si pedimos y acogemos al sublime Don, el Amor divino. De ahí surge la necesidad de hacerse de la Mutua... del Espíritu Santo.

Jesús es el Ungido del Espíritu Santo

En el pueblo de Israel eran ungidos con aceite los sacerdotes, los profetas y los reyes. Así eran consagrados; era un signo del poder y autoridad del que eran revestidos por Dios para realizar la misión que les confiaba. Jesús, en cuanto hombre, fue ungido por el Espíritu Santo en la Encarnación. Así lo anuncia el arcángel Gabriel a María: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios”* (Lucas 1, 35). La unción de Jesús por el Espíritu Santo es plena, total, pues deriva de su propia constitución como hombre, del misterio de la Encarnación. Lucas pone de relieve esa presencia santificante del Espíritu Santo en Jesús niño, dice que crecía y *“la gracia de Dios estaba en Él”* (Lucas 2, 40).

Hubo una segunda unción, en el bautismo de Juan Bautista en el río Jordán, al comienzo de la vida pública del Señor. El Bautista confesará: *“Yo he visto el Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre Él. Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre Él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios”* (Juan 1, 32-34). El Espíritu preparó a Jesús para el combate contra Satanás y para predicar el Reino de Dios.

Jesús es el portador del Espíritu Santo, su templo y morada en la historia. Así lo manifestó Jesús en Nazaret al inicio de su predicación. Un sábado entró en la sinagoga y leyó el pasaje del profeta Isaías: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor”* (Isaías 61, 1-2) y afirmó ante sus paisanos que esas palabras se referían a él: *“Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”* (Lucas 4, 21). Y en la conciencia de sus discípulos, Jesús será aquel a quien *“ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder”* (Hechos de los apóstoles 10, 38).

El regalo del Espíritu Santo en dos tiempos en la primera Pascua

Dios hizo el regalo del Espíritu Santo a los apóstoles en dos tiempos. El primero ocurrió nada más resucitar. Al atardecer del domingo, Cristo se presentó en medio de los discípulos reunidos en el Cenáculo, en donde habían celebrado la Pascua con su Maestro antes de que comenzará la Pasión. Jesús les dona el Espíritu Santo: *“sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis*

¹ Francisco, homilía en la fiesta de Pentecostés del 2016.

los pecados, les quedan perdonados» (Juan 20, 22-23). La gracia divina siempre hace una doble función: cura del pecado y diviniza el alma. “El Espíritu Santo” se dice en arameo “el Espíritu de la santidad” (*ruaj dy qdsh*). Jesús confiere la fuerza del Espíritu Santo a sus apóstoles para que puedan santificar, pues eso es precisamente el perdón de los pecados, hacer santos a los que eran pecadores.

El segundo momento, definitivo, fue Pentecostés. Jesús, antes de ascender a los cielos, vuelve a encomendar su misión a los discípulos: *“Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”* (Mateo 28, 19-20). Jesús es consciente de la debilidad de sus apóstoles; a pesar de haberles donado el Espíritu el domingo de Resurrección, haberles abierto la inteligencia para que entendieran las Escrituras, dado instrucciones y hablarles del reino de Dios en diversas apariciones durante 40 días, ellos seguían atemorizados por el miedo, se sentían sin fuerzas para emprender la misión. Por eso, Jesús les dijo: *«Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad (Jerusalén) hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto»* (Lucas 24, 49). El día de Pentecostés se produjo el milagro de la transformación definitiva de los discípulos. Recibieron la plena donación del Espíritu Santo y, con la fuerza de lo Alto, se lanzaron sin miedo y llenos de audacia a predicar la buena nueva del Evangelio hasta los confines más remotos de la tierra.

Y ahora, ¿qué?

Ese plus de Espíritu Santo, esa gracia extraordinaria y decisiva de Pentecostés, ¿fue una ayuda solo para los discípulos de la primera hora dada la magnitud de la tarea que habían de emprender? Para responder veamos cómo procedieron los apóstoles.

Felipe fue uno de los siete primeros diáconos (ref. Hechos 6, 5). Predicó en Samaría, creyeron y se bautizaron muchos de los que oyeron. Cuando los apóstoles se enteraron, enviaron a Pedro y a Juan desde Jerusalén. *“Ellos oraron por ellos, para que recibieran el Espíritu Santo; pues aún no había bajado sobre ninguno; estaban solo bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo”* (Hechos 8, 15-17). Ahí tenemos la respuesta. Desde la primera hora, los apóstoles infundieron a los recién bautizados, mediante la imposición de las manos, el don del Espíritu Santo que recibieron en Pentecostés, destinado a completar la gracia del Bautismo. Los apóstoles, en cumplimiento de la voluntad de Cristo, confirmaban a los bautizados.

Como hemos visto, eran los apóstoles los que impartían la Confirmación. Serán sus sucesores, los obispos, los que lo hagan en el futuro. Al principio, solo imponían las manos e invocaban al Espíritu Santo. *“Muy pronto, para mejor significar el don del Espíritu Santo, se añadió a la imposición de las manos una unción con óleo perfumado² (crisma). Esta unción ilustra el nombre de “cristiano” que significa “ungido”³”*. Así, a través del sacramento de la Confirmación o de la Crismación, nos llega la plenitud del Espíritu Santo a los cristianos de todos los tiempos. ¿Hemos sido confirmados? En ese caso, ¿recordamos la fecha y celebramos gozosamente el día? ¿Somos conscientes del regalo que trae a nuestra vida?

¿Eres de la mutua... del Espíritu Santo?

En las comunidades cristianas primitivas, este tema estaba a la orden del día y era pregunta obligada, como lo revela el episodio de san Pablo en Éfeso. *“Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo, una vez recorridas las regiones altas, llegó a Éfeso, encontró a algunos discípulos y les preguntó: ¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe? (¿Sois de la mutua del Espíritu Santo?) Ellos le respondieron: Ni siquiera hemos oído que haya Espíritu Santo. El les replicó: ¿Entonces con qué bautismo habéis sido bautizados? Con el bautismo de Juan, respondieron. Pablo contestó: Juan bautizó con un bautismo de penitencia, diciendo al pueblo que creyeran en el que había de venir detrás de él, esto es, en Jesús. Cuando oyeron*

² El crisma o *myron* es aceite de oliva consagrado por el obispo en la Misa Crismal. De forma ordinaria, esta misa se celebra en la catedral de cada diócesis el Jueves Santo; no obstante, por cuestiones de conveniencia pastoral, se puede adelantar a uno de los días de la Semana Santa. Así se dispone de los santos óleos para la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana en la Vigilia Pascual.

³ Catecismo de la Iglesia Católica n. 1289.

esto se bautizaron en el nombre del Señor Jesús. Al imponerles Pablo las manos, vino el Espíritu Santo sobre ellos, de modo que hablaban en lenguas y profetizaban. Eran entre todos unos doce hombres” (Hechos 19, 1-7). Observamos como san Pablo se preocupa de bautizar y también confirmar a esos catecúmenos.

Cristo instituyó los sacramentos para santificarnos. La Confirmación pertenece al núcleo de los sacramentos de la iniciación cristiana, junto al Bautismo y la Eucaristía. Su recepción es necesaria para recibir la plenitud de la gracia bautismal. Sin la Confirmación dejaríamos de percibir mucho auxilio divino para ser verdadera y auténticamente cristianos. Podemos decir que el plan ordinario de Dios prevé suscribir dos “pólizas” en la Mutua del Espíritu Santo. La primera, necesaria para ser cristiano, con el Bautismo, y una segunda, que completa la anterior, con la Confirmación. Ambos se reciben una sola vez, ya que confieren, además de la gracia, un carácter sacramental o “sello”. La imagen del sello indica el carácter imborrable de la Unción del Espíritu Santo, es una marca espiritual en el alma para siempre.

En el caso del bautismo, esa marca nos hace pertenecientes a Dios y nos asemeja a Cristo. Es una potencia que capacita para tratar a Dios de un modo totalmente distinto, ya que transforma al bautizado en alguien que antes no era. No es un simple título, una metáfora, es una realidad, *“un germen divino”* que permanece en el hombre, así lo nombra san Juan (ref. 1 Juan 3, 9), que cambia nuestra vida. *“Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos!”* (1 Juan 3, 1). Ahora somos hijos amados, incorporados a Cristo, y en Cristo, a Dios. Poseemos la luz sobrenatural de la fe para conocer y amar a Dios, y la fuerza de la gracia para ser santos, vivir el amor a los demás a la medida de Cristo. Gracias a él, somos incorporados a la Iglesia y nos posibilita recibir el resto de los sacramentos. En el caso de la Confirmación, el sello del Espíritu Santo nos configura más perfectamente a Cristo, nos compromete con su misión y nos da la gracia para difundir entre los hombres *“el buen olor de Cristo”* (ref. 2Corintios 2, 15). Y también es garantía de la protección divina, ahora y en la hora de la muerte.

¿Te lo digo o te lo cuento?

Igual que nuestros primeros hermanos en la fe necesitaron ser ungidos para participar en la plenitud del Espíritu Santo que poseía Cristo, así nosotros. Pero, ¿cómo anda España⁴ de práctica sacramental? Los bautismos y las Primeras Comuniones han disminuido. En 2010 se bautizaron alrededor del 70% de los niños; en 2022 alrededor del 45%; las Primeras Comuniones disminuyeron casi un 40% comparando el 2022 con el 2010. En el caso de los confirmados, aunque los números son parejos: en 2010, 100.006 personas, en 2022, 104.600, ambos están lejos de las cifras de bautizos y primeras comuniones. Los datos subrayan un reto urgente: procurar que sean muchos más los bautizados y confirmados; y que los que lo estamos seamos consecuentes, vivamos de acuerdo a nuestra condición. *“Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna... para que el mundo se salve por él”* (Juan 3, 16-17). Jesús vino a la tierra para salvarnos, no solo de algo, de nuestros pecados, sino para algo, para vivir como hijos de Dios, felices, con una dicha que será plena en el cielo... gracias a la unción del Espíritu Santo que nos envió.

Para animar a acometer este desafío, a continuación, quería mostrar las bondades de la “póliza” de la Confirmación. *“La Confirmación perfecciona la gracia bautismal; es el sacramento que da el Espíritu Santo para enraizarnos más profundamente en la filiación divina, incorporarnos más firmemente a Cristo, hacer más sólido nuestro vínculo con la Iglesia, asociarnos todavía más a su misión y ayudarnos a dar testimonio de la fe cristiana por la palabra acompañada de las obras”⁵*. Es un buen resumen.

La Confirmación permite al bautizado dar el estirón; gracias a ese plus de gracia, la vida cristiana iniciada en el Bautismo puede crecer y madurar. El bautizado, esa nueva criatura, ese organismo de vida sobrenatural que tiene su raíz en el Bautismo, es capaz de creer en Dios, de esperar en él y de amarlo mediante las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad); se le ha concedido poder vivir y obrar bajo la

⁴ Comparo los datos de las memorias de actividades de la Conferencia episcopal española del 2010 con el 2022. En 2010 hubo 349.820 bautizos (486.575 nacimientos), 280.654 Primeras Comuniones; en 2022, 159.129 bautizos (personas mayores de 7 años, 11.270; 329.251 nacimientos), 171.494 Primeras Comuniones.

⁵ Catecismo de la Iglesia Católica n. 1316.

moción del Espíritu Santo mediante los dones del Espíritu Santo; se le ha permitido crecer en el bien mediante las virtudes morales (la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza)⁶. Pues, la Confirmación potencia esa vida sobrenatural recibida en el Bautismo antes descrita gracias al don del Espíritu Santo que se nos entrega en plenitud. Sin la Confirmación el cristiano crece más lentamente, y no termina de desarrollarse espiritualmente, todo lo que Dios había previsto. Podríamos decir que permanece en la adolescencia espiritual.

Acerca de la plenitud del don recibido en la Confirmación

En la Confirmación, se dice que se recibe el don del Espíritu Santo en plenitud. ¿Qué quiere decir? Significa que el confirmado al ser ungido recibe la plenitud de los dones del Espíritu Santo. ¿Cuáles son? Los señala Isaías al hablar del Mesías esperado: *“De ese tronco que es Jesé, sale un retoño; un retoño brota de sus raíces. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor”* (Isaías 11, 1-2). En la oración previa a la crismación, el obispo pide a la Trinidad esa gracia⁷: *“escucha nuestra oración y envía sobre ellos el Espíritu Santo Paráclito; llénalos de espíritu de sabiduría y de inteligencia, de espíritu de consejo y de fortaleza, de espíritu de ciencia y de piedad, y cólmalos del espíritu de tu santo temor”*.

Decimos que el confirmado recibe los dones en plenitud, pero no todos los reciben “en la misma plenitud”, dependerá de nuestras disposiciones interiores. Ojo, son dones, regalos de Dios, no son consecuencia de nuestros méritos, pero dependiendo del estado de nuestra alma seremos capaces de acoger más o menos, y de sacar partido diverso a la gracia acogida. Así lo advertía san Cirilo de Jerusalén en sus catequesis: *“Pues tanto recibirás de la gracia cuanto puedas albergar”*. Eso se nota en los frutos que producen en nuestra vida.

Esa plenitud recibida no es solo para vivir de acuerdo a nuestra vocación de cristianos, sino también y en especial, para ayudar a los demás a alcanzar la salvación. El bautismo lo recibimos para que nos salváramos, la confirmación para ayudáramos a Dios a salvar a los demás. Esa madurez espiritual permite a Dios contar con nosotros para el “negocio familiar”. Para ser apóstoles de Jesucristo, corresponsables de continuar su misión en la tierra. Para ser testigos (en griego, mártires) con las obras y con las palabras del amor de Dios a los hombres, para que sean más los que le conozcan y le amen, sin descartar a nadie. Para vencer las dificultades que se presenten, y superar los miedos y la vergüenza para vivir la fe cristiana siempre y en todo lugar, para mostrar a Cristo y sus enseñanzas, y convertirnos en sembradores de paz y alegría. Para ser cristianos comprometidos con la obra salvífica de Jesucristo en medio del mundo, aunque este sea hostil.

Conclusión: vente a la Mutua del Espíritu Santo

Espero que lo expuesto ayude a despertar nuestra conciencia. Cristo vino a la tierra para darnos el Espíritu Santo. Subió al Padre para enviar el Espíritu sobre la Iglesia. *“Yo quisiera preguntaros -pero no lo haré, ¡eh!, preguntaros: ¿cuántos de vosotros rezáis al Espíritu Santo? No levantéis la mano... Es el gran olvidado, ¡el gran olvidado! Y Él es el don, el don que nos da la paz, que nos enseña a amar y que nos llena de alegría. El Señor nos dé esta gracia: de guardar siempre el Espíritu Santo en nosotros”*⁸. Qué pena que nuestra devoción a la tercera persona de la Trinidad fuera tan pobre que desconociéramos el don y al donante.

⁶ Ref. Catecismo de la Iglesia n. 1266.

⁷ Oremos, hermanos, a Dios Padre todopoderoso y pidámosle que derrame el Espíritu Santo sobre estos hijos de adopción que renacieron ya a la vida eterna en el Bautismo, para que los fortalezca con la abundancia de sus dones, los consagre con su unción espiritual y haga de ellos imagen perfecta de Jesucristo. (Todos oran en silencio unos instantes). Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que regeneraste, por el agua y el Espíritu Santo, a estos siervos tuyos y los libraste del pecado; escucha nuestra oración y envía sobre ellos el Espíritu Santo Paráclito; llénalos de espíritu de sabiduría y de inteligencia, de espíritu de consejo y de fortaleza, de espíritu de ciencia y de piedad, y cólmalos del espíritu de tu santo temor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

⁸ Francisco, homilía en santa Marta (22.05.2017).

Ojalá, empezando en este tiempo de Pascua, procuremos tratar frecuentemente al Espíritu Santo y deseemos ser dóciles a sus inspiraciones. Ojalá reconociéramos sus dones y se los pidiéramos para vivir con ese impulso inestimable. Ojalá actualizáramos la potencia recibida en la Confirmación. O pongamos los medios para ser confirmados, si aún no hemos recibido el don del Espíritu en plenitud.